



CANTO XIII

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Pirú, llegan mensajeros de Chile á pedir socorro; el cual vista ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. También contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagrán guiado por un indio viene sobre Lautaro.

Dichoso con razon puede llamarse
 Aquel que en los peligros arrojado,
 Dellos sabe salir sin ensuciarse
 Y libre de poder ser imputado:
 Pero quien destos puede desviarse
 Le tengo por mas bienaventurado;
 Aunque el peligro afina lo perfeto,
 Aquel que dél se aparta es el discreto.

Que muchas veces da la fantasía
 En cosas que seguro nos promete,
 Y un ánimo á salir con ellas cria
 Que con temeridad las acomete;
 Después en el peligro desvaría,
 Y no acierta á salir de á do se mete:
 Que la señora al siervo sometida
 Pierde la fuerza y tino á la salida.

Vereis en el Pirú, que han procurado
 Levantar el tirano y ayudarle,
 Para solo mostrar después de alzado
 La traidora lealtad en derribarle:
 Y con designio y ánimo dañado
 Le dan fuerza, y después viene á matarle
 La espada infiel de la maldad autora,
 Al rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra, atizan disensiones
 En hábito leal, aunque engañoso,
 Pensando de subir mas escalones
 Por un áspero atajo y tropezoso:
 Al cabo las malvadas intenciones
 Vienen á fin tan malo y afrentoso
 Como vereis, si bien mirais la guerra
 Civil y alteraciones desta tierra.

Deshechos pues del todo los ñublados
 Por el audaz marqués y su prudencia,
 Curando con rigor los alterados
 Como quien entendió bien la dolencia,
 En nombre de su rey á otros tocados
 De aquel olor descubre la clemencia,
 Que hasta allí del rigor cubierta estaba,
 Con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso
 En el Pirú jamás acontecido,
 Ni el ejemplar castigo riguroso
 Que amansó el fiero pueblo, embravecido,
 Fué en tal tiempo bastante y poderoso
 De ensordecir el bárbaro ruido,
 Y la voz araucana y clara fama
 Que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
 Del daño y perdición de nuestra gente,
 Por las vitorias grandes y jornadas
 Del araucano bárbaro potente:
 Pidiendo las ciudades apretadas
 Presuroso socorro y suficiente,
 Haciendo relacion de cómo estaba,
 Y de todas las cosas que pasaban.

Jerónimo Alderete, adelantado,
 A quien era el gobierno cometido,
 Hombre en estas provincias señalado,
 Y en gran figura y crédito tenido;
 Donde como animoso y buen soldado
 Había grandes trabajos padecido;
 No pongo su proceso en esta historia
 Que dél la general hará memoria:

Presente no se halla á tanta guerra,
 Y á tales desventuras y contrastes;
 Mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,
 Cuando la Fe de nuevo allí plantastes,
 Allí le diste cargo desta tierra,
 De allí con gran favor le despachastes;
 Pero cortóle el áspero destino
 El hilo de la vida en el camino.

Fué su llorada muerte asaz sentida,
 Y mas el sentimiento aerecentaba
 Ver el gobierno y tierra tan perdida,
 Que cada uno por sí se gobernaba:
 Andaba la discordia ya encendida;
 La ambicion del mandar se desmandaba:
 Al fin es imposible que acaezca,
 Que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habian venido
 A pedir el socorro necesario,
 Viendo á su adelantado fallecido
 Y todo á su propósito contrario,
 Con un semblante triste y afligido,
 De parecer de todos voluntario,
 Piden á don Hurtado que se vea,
 Y de remedio presto los provea.

Diciendo: «Varon claro y excelente
 Nuestra necesidad te es manifiesta,
 Y la fuerza del bárbaro potente
 Que tiene á Chile en tanto estrecho puesta:
 El mas fuerte remedio es llevar gente;
 Esta ya puedes ver cuán cara cuesta:
 De parte de tu rey te requerimos,
 Nos concedas aquí lo que pedimos.

»A tu hijo, ó marqués, te demandamos,
 En quien tanta virtud y gracia cabe,
 Porque con su persona confiamos
 Que nuestra desventura y mal se acabe.
 De sus partes, señor, nos contentamos,
 Pues que por natural cosa se sabe,
 Y aun acá en el comun es habla vieja,
 Que nunca del leon nació la oveja.

»Y pues hay tanta falta de guerreros,
 Haciendo esta jornada don García,
 Se moverá el comun y caballeros
 Alegres de llevar tan buena guía:
 Y lo que no podrán muchos dineros,
 Podrá el amor y buena compañía,
 O la vergüenza y miedo de enojarte,
 O su propio interés en agradarte.»

El marqués de Cañete, respondiendo
 A la justa demanda alegremente,
 Vino en ello de grado, conociendo,
 Ser cosa necesaria y conveniente;
 Y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo
 Al punto derramó en toda la gente
 Gran gana de pasar á aquella tierra,
 A ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí, y otro se ofrece;
 Así gran gente en número se mueve,
 Y aquel que no lo hace, le parece
 Que falta, y no responde á lo que debe:
 Hasta en cansados viejos reverdece
 El ardor juvenil, y se remueve
 El flaco humor y sangre casi helada
 Con el alegre son desta jornada.

¡Oh valientes soldados araucanos!
 Las armas prevenid y corazones,
 Y el usado valor de vuestras manos
 Temido en las antárticas regiones;
 Que gran copia de jóvenes lozanos
 Descoge en vuestro daño sus pendones,
 Pensando entrar por toda vuestra tierra
 Haciendo fiero estrago y cruda guerra.

No con los hierros botos y mchosos
 De los que las paredes hermosean,
 Ni brazos del torpe ocio perezosos,
 Que con gran pesadumbre se rodean,
 Ni los ánimos hechos á reposos,
 Que cualquiera mudanza en que se vean
 Los altera, los turba y entorpece,
 Y el desusado son los desvanece:

Mas hierros templadísimos y agudos
 En sangre de tiranos afilados,
 Fuertes brazos, robustos y membrudos
 En dar golpes de muerte ejercitados;
 Animos libres de temor desnudos,
 En los peligros siempre habitüados,
 Que el son horrendo que á otros atormenta
 Los alegra, despierta y alimenta.

Cosa destas yo pienso que ninguna
 Os puede derribar de vuestro estado;
 Mas tiéneme dudoso sola una,
 Que nadie della ha sido reservado:
 Esta es la usada vuelta de fortuna
 Que siempre alegre rostro os ha mostrado,
 Y es inconstante, falsa y variable,
 En el mal firme y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura,
 Haciendo de su espada ufana muestra,
 Querriale preguntar, ¿si por ventura
 Corta por mas lugares que la vuestra?
 Si la fuerza del brazo le asegura
 Del poder vuestro y vencedora diestra,
 Verá, si mira bien en lo pasado,
 El campo de sus huesos ocupado.

No sé; pero soberbio y encendido
 En bélico furor el pueblo veo,
 Y al mas triste español apercebido
 De armas, rico aparato y buen deseo.
 ¡Oh Arauco! yo te juzgo por perdido.
 Si las obras igualan al arreo,
 Y no templa el camino esta braveza,
 ¡Ay de tu presuncion y fortaleza!

Del apartado Quito se movieron
 Gentes para hallarse en esta guerra;
 De Loja, Piura, de Jaen salieron,
 De Trujillo, de Guánuco y su tierra;
 De Guamanga, Arequipa, concurren
 Gran copia, y de los pueblos de la Sierra,
 La Paz, Cuzco y los Charcas bien armados
 Bajaron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra, brama el mar hinchado
 Del estruendo, tumultos y rumores,
 Que suenan por el aire alborotado
 De pífanos, trompetas y atambores
 Contra el rebelde pueblo libertado,
 Amenazando ya sus defensores
 Con gruesa y reforzada artillería,
 Que dentro del estado el son se oía.

De aparatos, jaeces, guarniciones
Los gallardos soldados se arreaban;
Sobrevistas y galas, invenciones
Nuevas y costosisimas sacaban;
Estandartes, enseñas y pendones
Al viento en cada calle tremolaban;
Vieran sastres y obreros ocupados
En hechuras, recamos y bordados.

Con el concurso y junta de guerreros
El grande estruendo y trápala crecía,
Y los prestos martillos de herreros
Formaban dura y áspera armonía;
El rumor de solícitos armeros
Todo el ancho contorno ensordecía;
Los celosos caballos de lozanos
Relinchando triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada
Con el nuevo bullicio de la guerra;
Mas ya de lo importante aparejada,
Un caudillo salió luego por tierra:
Llevando copia della encomendada,
Atravesó á Atacama y la alta sierra,
Con la desierta costa y despoblados
De osamenta de bárbaros sembrados.

La gente principal, todo aprestado,
Y reliquias del campo que quedaban,
Para romper el mar alborotado
Otra cosa que el tiempo no aguardaban;
Mas viendo el cielo ya desocupado
Y que las bravas olas aplacaban,
Con ordenada muestra y rico alarde
Salieron de los Reyes una tarde.

Yo con ellos también, que en el servicio
Vuestro empecé y acabaré la vida,
Que estando en Inglaterra en el oficio
Que aun la espada no me era permitida,
Llegó allí la maldad en deservicio
Vuestro por los de Arauco cometida,
Y la gran desvergüenza de la gente
A la real corona inobediente.

Y con vuestra licencia, en compañía
Del nuevo capitán y adelantado,
Caminé desde Londres hasta el día
Que le dejé en Taboga sepultado;
De donde con trabajos y porfía
De la fortuna y vientos arrojado
Llegué á tiempo que pude juntamente
Salir con tan lucida y buena gente.

Otro escuadron de amigos se me olvida
No menos que nosotros necesarios,
Gente templada, mansa y recogida,
De frailes, provisos, comisarios,
Teólogos de honesta y santa vida,
Franciscos, dominicos, mercenarios,
Para evitar insultos de la guerra,
Usados mas allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores
Sale de Lima una lucida banda,
Y en el puerto tendidas por las flores
Estaban mesas llenas de vianda
Con vino de odoríferos sabores,
Donde luego por una y otra banda
Sobre la verde yerba reclinados
Gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos
Fuimos á la marina conducidos,
A do de verdes ramos y ornamentos
Estaban los bateles prevenidos;
Y al son de varios y altos instrumentos,
De los caros amigos despedidos,
En los lijeros barcos nos metemos,
Dando á un tiempo con fuerza al mar los remos.

Los bateles de tierra se alargaban,
Dejando con penosa envidia aquellos
Que en la arenosa playa se quedaban,
Sin apartar los ojos jamás dellos:
Sobre diez galeones arribaban
Los prestos barcos, y saltando en ellos,
Tiempo los marineros no perdieron,
Que las velas al viento descogieron.

De estandartes, banderas, gallardetes
Estaban las diez naves adornadas.
Hiriendo el fresco viento en los trinquetes
Comienzan á moverse sosegadas:
Suenan cañones, sacres, falconetes;
Y al doblar de la isleta embarazadas,
Del austro cargan á babor la escota,
Tomando al sudueste la derrota.

Las naos por el contrario mar rompiendo
La blanca espuma en torno levantaban,
Y á la furia del austro resistiendo
Por fuerza á su pesar tierra ganaban;
Pero sobre el garbino revolviendo
De la gran cordillera se apartaban,
Y de sola una vuelta que viraron
El Guarco, á lesnordeste se hallaron.

Mas presto por lá popa el Guarco vimos
Con Chinca de otro bordo emparejando;
En alta mar tras estos nos metimos
Sobre la Nasca fértil arribando;
Y al esforzado noto resistimos,
Su furia y bravas olas contrastando,
No bastando los recios movimientos
De dos tan poderosos elementos.

Que haya en Pirú, no es caso soberano,
Tanta mudanza en tres leguas de tierra,
Que cuando es en los llanos el verano,
Los montes el lluvioso invierno cierra;
Y cuando espesa niebla cubre el llano
En descubierto hiere el sol la sierra,
Y por esta razon van mas crecientes
En el verano abajo las vertientes.

De los vientos el austro es el que manda,
Que deshace los húmidos nublados,
Y por todo aquel mar discurre y anda,
Del cual son para siempre desterrados:
Los otros vientos reinan á la banda
De Atacama, y allí son libertados,
Que bajar al Pirú ninguno puede,
Ni por natural orden se concede.

TOMO I

Pues las naves del austro combatidas
Las espumosas olas van cortando,
Que de valientes soplos impelidas
Rompen la furia en ellas, azotando
Las levantadas proas, guarnecidas
De planchas de metal; pero mirando
Al español del bárbaro vecino,
Habré de andar mas presto este camino.

Correré á Villagrán, el cual por tierra
También en su jornada se apresura,
Atravesando la fragosa sierra
Que iguala con las nubes su estatura:
Diré lo que sucede en esta guerra,
Y qué rostro le muestra la ventura;
Mas, porque todo venga á ser mas claro
Quiero tratar un poco de Lautaro,

Que estaba con su escuadra de guerreros
En el sitio que dije recogido,
Y de foso, fagina y de maderos
Le habia en breve sazón fortalecido:
Tenia dentro soldados forasteros
Que á fama de la guerra habian venido,
Reparos, bastimentos y otras cosas
Para el lugar y tiempo provechosas.

Sola una senda este lugar tenia
De alertas centinelas ocupada;
Otra ni rastro alguno no le habia,
Por ser casi la tierra despoblada.
Aquella noche el bárbaro dormía
Con la bella Guacolda enamorada,
A quien él de encendido amor amaba,
Y ella por él no menos se abrasaba.

Estaba el araucano despojado
Del vestido de Marte embarazoso,
Que aquella noche sola el duro hado
Le dió aparejo y gana de reposo;
Los ojos le cerró un sueño pesado,
Del cual luego despierta congojoso,
Y la bella Guacolda sin aliento
La causa le pregunta y sentimiento.

17

Lautaro le responde: «Amiga mia,
Sabrás que yo soñaba en este instante
Que un soberbio español se me ponía
Con muestra ferocísima delante;
Y con violenta mano me oprimía
La fuerza y corazón, sin ser bastante
De poderme valer, y en aquel punto
Me despertó la rabia y pena junto.»

Ella en esto soltó la voz turbada,
Diciendo: «¡Ay, que he soñado también cuando
De mi dicha temí, y es ya llegada
La fin tuya y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada,
Ni fortuna conmigo podrá tanto,
Que no corte y ataje con la muerte
El áspero camino de mi suerte.»

«Trabaje por mostrármese terrible
Y del tálamo alegre derribarme,
Que si revuelve y hace lo posible,
De ti no es poderosa de apartarme;
Aunque el golpe que espero es insufrible,
Podré con otro luego remediarme:
Que no caerá tu cuerpo en tierra frío
Cuando estará en el suelo muerto el mio.»

El hijo de Pillán con lazo estrecho
Los brazos por el cuello le ceñía;
De lágrimas bañando el blanco pecho,
En nuevo amor ardiendo, respondía:
«No lo tengais, señora, por tan hecho,
Ni turbeis con agüeros mi alegría,
Y aquel gozoso estado en que me veo,
Pues libre en estos brazos os poseo.»

«Siento el veros así imaginativa,
No porque yo me juzgue peligroso;
Mas la llaga de amor está tan viva,
Que estoy de lo imposible receloso.
Si vos quereis, señora, que yo viva,
¿Quién á darme la muerte es poderoso?
Mi vida está sujeta á vuestras manos,
Y no á todo el poder de los humanos.»

«¿Quién el pueblo araucano ha restaurado
En su reputación que se perdía,
Pues el soberbio cuello no domado
Ya doméstico al yugo sometía?
Yo soy quien de los hombros le ha quitado
El español dominio y tiranía:
Mi nombre basta solo en esta tierra,
Sin levantar espada, á hacer la guerra.»

«Cuanto mas que teniéndoos á mi lado
No tengo que temer, ni daño espero,
No os dé un sueño, señora, tal cuidado,
Pues no os lo puede dar lo verdadero:
Que ya á poner estoy acostumbrado
Mi fortuna á mayor despeñadero;
En mas peligros que este me he metido,
Y dellos con honor siempre he salido.»

Ella, menos segura y más llorosa,
Del cuello de Lautaro se colgaba,
Y con piadosos ojos lastimosa
Boca con boca así le conjuraba:
«Si aquella voluntad pura, amorosa,
Que libre os di cuando mas libre estaba,
Y della el alto cielo es buen testigo,
Algo puede, señor y dulce amigo:

«Por ella os juro, y por aquel tormento
Que sentí cuando vos de mí os partistes,
Y por la fe, si no la llevó el viento,
Que allí con tantas lágrimas me distes,
Que á lo menos me deis este contento,
Si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
Y es, que os vistais las armas prestamente,
Y al muro asista en orden vuestra gente.»

El bárbaro responde: «Harto claro
Mi poca estimación por vos se muestra;
¿En tan flaca opinión está Lautaro,
Y en tan poco teneis la fuerte diestra
Que por la redención del pueblo caro
Ha dado ya de sí bastante muestra?
Buen crédito con vos tengo por cierto,
Pues me llorais de miedo ya por muerto.»

«¡Ay de mí! que de vos yo satisfecha,
Dice Guacolda, estoy, mas no segura:
Ser vuestro brazo fuerte ¿qué aprovecha,
Si es más fuerte y mayor mi desventura?
Mas ya que salga cierta mi sospecha,
El mismo amor que os tengo me asegura
Que la espada que hará el apartamiento
Hará que vaya en vuestro seguimiento.»

«Pues ya el preciso hado y dura suerte
Me amenazan con áspera caída,
Y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
Un mal como es de vos verme partida,
Dejadme llorar antes de mi muerte,
Esto poco que queda de mi vida,
Que quien no siente el mal, es argumento
Que tuvo con el bien poco contento.»

Tras esto tantas lágrimas vertía
Que mueve á compasión el contemplalla,
Y así el tierno Lautaro no podía
Dejar en tal sazón de acompañalla;
Pero ya la turbada pluma mia,
Que en las cosas de amor nueva se halla,
Confusa, tarda y con temor se mueve,
Y á pasar adelante no se atreve.

